

## NATURALEZA, HISTORIA Y PROVIDENCIA EN «FACUNDO»<sup>1</sup>

*Si, cependant, il est un Dieu dans la nature, il est aussi dans l'histoire... Herder, Idées pour une philosophie de l'histoire de l'humanité, 3.<sup>a</sup> pte., lib. 15, cap. 1.*

La teoría en *Facundo* parte de la conocida distinción de la filosofía idealista en dos órdenes, que se conciben como originariamente distintos, pero que están destinados a integrarse. Se trata de la naturaleza, en la que sólo pueden darse costumbres, instintos y cambios ciegos, el reino de lo particular; y la historia, sólo posible en la sociedad, o sea el orden, presidido por normas intelectuales, unitario y progresista. Esos orbes respectivos de la naturaleza y de la historia o sociedad, no pueden sino conjugarse: así lo prueban las lecciones de la historia universal, y especialmente, el cuadro de la civilización europea; la integración es el primer paso hacia la historia, que han dado todos los pueblos civilizados. A mediados del siglo XIX, sólo como excepción y rareza, la ciencia política, absorbida totalmente por el estudio de la sociedad, se preocupa de la subsistencia de seres no asimilados a las sociedades urbanas, y desvinculados de ellas: la civilización, que culmina en la sociedad de las ciudades, se complace en el estudio de sí misma.

Al presentar, con la vida de Facundo, el triunfo y la dominación actual de los caudillos en el Río de la Plata, Sarmiento propone a los europeos un caso teóricamente más extraño para él que la existencia de salvajes remotos; se trata de un fenómeno extraño y regresivo, contrario a la lógica del progresismo histórico del siglo XIX, y cuyas causas particulares es preciso revelar.

En estos países, viene a decirnos Sarmiento, la civilización europea, que había sido capaz de fundar catorce ciudades en el desierto, resultó increíblemente derrotada, y no por sus remotos enemigos, los salvajes. El vencedor había sido un nuevo elemento social insurreccionado, desconocido por los teóricos, una fuerza marginal formada por los *gauchos* de los campos, salida del contorno de las ciudades, y que hasta entonces

---

<sup>1</sup> Las citas se refieren a la edición de *Facundo*, con prólogo, notas e ilustraciones de Alberto Palcos. La Plata, 1938, Universidad Nacional de La Plata, Biblioteca de Autores Nacionales y Extranjeros, vol. I.

había crecido menospreciada por ellas. *Facundo* es la historia de esa lamentable subversión que, según Sarmiento, aplazó por quince años la reconciliación de las campañas y de las ciudades en el goce de los bienes de la civilización. Mucho tiempo después de publicar *Facundo* diría Sarmiento que compuso su obra *bajo la inspiración de la civilización perdida y deshonrada*<sup>2</sup>. Alberdi, el crítico más enconado y perspicaz de Sarmiento, nos ayuda a entender la alusión anterior en todo su alcance<sup>3</sup>.

Ese acontecimiento sombrío, que se recuerda como la iniciación de un período infausto, se revivirá y examinará en *Facundo*, pero desde un punto de vista singular, no desde la derrota irremediable, sino cuando todo parece indicar que está muy próxima la inmediata caída de Rosas<sup>4</sup>.

## INTERPRETACIÓN DE LA NATURALEZA

En el capítulo I de la primera parte de *Facundo* se introduce al lector en la historia argentina inmediata mediante el procedimiento de «interpretación del paisaje», que se usa para caracterizar el genio esencial o el espíritu de los pueblos mediante la geografía, sutilmente vinculada con los modos de vivir y de sentir de los habitantes. Técnica de explicación

<sup>2</sup> *Discurso de inauguración del Ferrocarril a Tucumán* (1876), en Obras, t. XXII, p. 25, cit. Paul A. VERDEVOYE, *Domingo Faustino Sarmiento éducateur et publiciste* (entre 1839 et 1852), Université de Paris, Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine, Paris, 1963, p. 411.

<sup>3</sup> En sus *Cartas sobre la prensa y la política militante de la República Argentina* (1853), *Obras completas*, Buenos Aires, Imp. Lit. y Enc. de la Tribuna Nacional, 1886, t. IV, pp. 54-69 y 70, afirma que *Facundo* se escribió bajo el influjo de los *desastres fecundos en lección de las guerras civiles de 1830* [fracaso de la presidencia de Bernardino Rivadavia y revolución unitaria de 1828] y *de 1840* [retirada del general Lavalle y levantamiento de la intervención francesa en el Río de la Plata]. Añade que la generación de Echevarría había estudiado ya el primer fenómeno desde un nuevo punto de vista: la victoria de los caudillos en 1830 se había considerado resultado natural de condiciones preexistentes, y sobre todo, de los errores políticos de los unitarios. Según Alberdi, Sarmiento habría completado esas reflexiones con las que sugirieron los acontecimientos de 1840, con el nuevo fracaso de los enemigos de Rosas. En ambos casos, dice Alberdi, habrían resultado vencidos las fuerzas que defendían la «causa de la civilización» y las ideas del siglo XVIII, porque habían incurrido en una equivocada estimación de factores importantes como el ambiente histórico. No debe olvidarse que Alberdi juzga los sucesos desde el punto de vista organicista de la *Asociación de Mayo* (no se discute la legitimidad o moralidad de un hecho político sino que se trata de explicarlo), que Sarmiento expresamente condenó esas ideas en *Facundo*. Introd. p. 15, y cap. XIV, p. 252).

<sup>4</sup> *El Comercio del Plata* de Montevideo, del 10 de julio de 1845, núm. 1971 asegura: *El término de nuestras fatigas, de nuestros inmensos sacrificios, de nuestras necesidades, tal vez de nuestros gloriosos combates no está más allá del transcurso de tres o cuatro días. Prevemos grandes acontecimientos próximos a realizarse: y ellos no pueden traer como resultado sino la independencia de la República y una permanente paz que sólo puede asegurar el cañón cuando es preciso ajustarla con gobiernos como el actual de Buenos Aires...*

paralela se adopta en la segunda parte, donde la historia se ilustra con la biografía individual de Facundo.

En las *Ideas para la filosofía de la historia de la humanidad*, la tentativa más ambiciosa de ese modo de interpretación que el siglo XVIII legó al siguiente, Herder parte de la ardiente convicción de que un plan con finalidades preside el vasto organismo de la naturaleza, y que, además, no es imposible descifrar los propósitos generales asignados a la humanidad entera o a determinada comunidad<sup>5</sup>. Se trata, pues, de alcanzar el pensamiento de la Providencia a través del sistema de armonías y discordancias de la naturaleza, escenario de la historia de la libertad del hombre.

Se fundieron así, en el más amplio registro, los datos de las ciencias de la naturaleza con los resultados del estudio de las civilizaciones. Gracias a esa alianza, la historia de la humanidad, que hasta entonces se consideraba menos atractiva que los inventarios de las ciencias naturales, llega a tomar la apariencia de una disciplina predictiva, y los hechos históricos de significación —*faits généraux*— se ordenan en una relación necesaria, a la que se añadiría, además, la idea de progreso. A partir de entonces, la misión del filósofo de la historia será buscar en el tiempo y en el espacio las huellas del designio originario, para anudar las líneas más importantes.

Entre los varios ejemplos que se inspiran en ese organicismo providencialista, nos interesan las páginas del famoso libro de Aléxis de Tocqueville, *De la démocratie en Amérique* (1835)<sup>6</sup>.

En el primer tercio del siglo XIX, cuando escribe Tocqueville, el hombre ha comenzado a dominar la naturaleza salvaje en los Estados Unidos, y disfruta ya de los beneficios de las instituciones democráticas más o menos consolidadas. Lo que el autor desea es, pues, evocar «el instante en que Dios va a depositar con sus manos la simiente de un gran pueblo en la tierra prometida», donde se cumplirá el gran milagro: allí están fructificando las fuerzas aliadas del espíritu religioso y del espíritu de libertad, inconciliables en Europa. Alzándose en vuelo retrospectivo sobre

---

<sup>5</sup> RAIMUNDO LIDA señala que el hecho de divulgarse las doctrinas de la filosofía de la historia de Herder a través de la versión de Cousin y de la traducción de Edgar Quinet, hizo que se combinara para siempre la idea del progreso con la actitud racionalista. *Sarmiento y Herder*. Memoria del segundo Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana, agosto de 1940, Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1941, pp. 155-171.

<sup>6</sup> Se titulan *Configuración extérior de L'Amérique du Nord*, y su lectura ayuda a entender el cap. I de *Facundo*. Por lo demás, Sarmiento recomienda el libro de Tocqueville como inimitable modelo de descripción al servicio de la teoría histórico política que se proponía desarrollar, y asegura que son esos los métodos de observación que desearía seguir (Introd. p. 18). Luego, al enumerar las lecturas que marcaron el rumbo de su generación dice que Tocqueville les reveló por primera vez el secreto de Norteamérica (cap. VII, p. 131).

el paisaje actual, Tocqueville trata de apuntar los rasgos generales —*traits généraux*— que, bien analizados, son los signos de la promesa de Dios a ese pueblo. Para un europeo, todo debía resultar extraño en la pradera central de América del Norte, enorme planicie —o quizá valle— seis veces mayor que Francia, y surcado por ríos caudalosos que pueden elegir su cauce libremente en la llanura: «probablemente, lo mejor que Dios ha creado para la vida y descanso del hombre». La total extrañeza física le anuncia al espectador sobrecogido que esa tierra casi desierta está señalada para la nueva e increíble experiencia política <sup>7</sup>.

Tocqueville, para explicar el portento ya conseguido, indica la novedad de los rasgos, y se remonta al acto en que, al delinarse la tierra, se dispusieron los venturosos objetivos que ya empiezan a cumplirse. Sarmiento, que indica la descripción con el elogio tradicional (... *ese país privilegiado en dones, que encierra todos los climas...* cap. I, pág. 31: el que ofrece todas las virtualidades), sabe también que todo es obra de la Providencia, pero, a diferencia de Tocqueville, tiene que enfrentarse con la funesta realidad argentina de su tiempo, y sólo puede considerar esos augurios de riqueza como esperanza diferidas de una prosperidad que no ha llegado, pero que, a pesar de todo, llegará.

Lo que Sarmiento divisa en cuanto **transpone** el umbral de las ciudades es todavía la *naturaleza salvaje* (cap. I, pp. 38 y 44), que el hombre aislado, no ha logrado aún dominar, porque insiste en una lucha perdida de antemano, y que sólo sirve para crear hábitos de valor y de desprecio a la muerte

<sup>7</sup> Técnica semejante pero sin inspiración providencialista se aplica en otros casos. En *De l'Allemagne* de Mme. de Staël, que en los capítulos iniciales (I, *De l'aspect de l'Allemagne*; y II, *Des mœurs et du caractère des Allemands*) trata de abstraer los que llama *traits principaux, o traits distinctifs*, para destacar las tendencias más fuertes del espíritu germánico, que luego se propone comprobar en la literatura, en la filosofía y en la religión. Desde el comienzo (*La multitude et l'entendue des forêts indiquent une civilisation encore nouvelle: le vieux sol du Midi ne conserve plus d'arbres, et le soleil tombe a plomb sur la terre depouillé par les hommes...*) se anuncia el tema fundamental, la oposición entre la joven Germania y la Rumania, decadente y civilizada, acentuando las notas serias, graves y tristes pero poéticas del país del norte; en los hábitos sociales de esa grandiosidad de estados confederados señala otras cualidades (espiritualidad, amor a la naturaleza, anarquía amable en las ideas metafísicas y literarias muy propicias al desarrollo individual...). (Véase *De l'Allemagne, nouvelle édit.*, Garniers frères, pp. 15-28). También Michelet anticipa la relación del destino histórico de las futuras invasiones de Francia con la caracterización de la tierra de origen, y opone la Europa céltica, ibérica y romana, con el perfil bien claro de sus penínsulas e islas, al vago mundo germánico y eslavo, mal determinado en la naturaleza y no bien configurado en la historia. Así, recuerda que Tácito presenta, entre los pantanos y las selvas, las marcas [como en *Facundo, las campanas entre las ciudades y el desierto*], que le permiten caracterizar el espíritu de ese pueblo. Eran espacios abiertos, tierras vagas y comunes por donde pasaron corrientes de pueblos, donde se hicieron los primeros ensayos de agricultura y se fundaron los primeros asentamientos dispersos. Los germanos emigraban por causas determinadas, buscando tierras fértiles. *Histoire de France* (cap. I, *Les allemands*) París, 1881, t. I, p. 227.

(cap. I, p. 35). Es una tierra en que, todavía, *la fiera y el hombre se disputan el poder de la naturaleza* (cap. V, p. 90).

En esa vislumbre repentina del paisaje total está ya anunciado uno de los aspectos del tema, que también se sugiere metafóricamente cuando se dice que ha crecido la vegetación malsana que rodeaba las ciudades y ha llegado a asfixiarlas: está decidido el conflicto, con la derrota imprevista de las ciudades, por obra de los campos. Ese es el «enigma» que nos propone en la *Introducción*: la realidad presente, que contradice la confianza del siglo XIX, y parece invertir con un sorprendente resultado, los términos normales de *la lucha de las ciudades i el feudalismo de los campos, entre la vida que se va i la vida que se acerca* (cap. II, p. 60).

Sarmiento se encuentra, como Tocqueville, con un paisaje de cualidades inusitadas. La teoría política del siglo XVIII había distinguido las tierras propicias a la libertad, había señalado los focos ciertos del despotismo, y podía indicar qué climas son más favorables para los mejores gobiernos, desarrollando además un amplio cuadro de los influjos físicos y morales en la mejor constitución de las sociedades. Si se examina el cuadro natural de *Facundo* a la luz de la más completa ciencia de los gobiernos, articulada por Montesquieu, se advierte que ciertas cualidades divergentes adquieren profundo sentido<sup>8</sup>, y que la singularidad americana sugiere otros criterios de valoración.

En esa imagen espectral del paisaje, en la que Sarmiento denomina «fisonomía interior» (cap. I, p. 34)<sup>9</sup>, se subrayan como *rasgos notables* (cap. I, pp. 31 y 34), —los *traits généraux* de Tocqueville—, la extensión

<sup>8</sup> Se combina el recuerdo de Montesquieu y Tocqueville en el siguiente lugar de *Facundo*: *Es sabido que las montañas se interponen entre unos y otros países i los demás obstáculos naturales mantienen el aislamiento i conservan sus peculiaridades primitivas. Norteamérica está llamada a ser una federación, menos por la primitiva independencia de las plantaciones que por su ancha esposición al Atlántico i las diversas salidas que al interior dan el San Lorenzo al norte i el Mississipi al sud, i las inmensas canalizaciones al centro. La República Argentina es una e indivisible* (cap. I, p. 41). Se refiere a Montesquieu la siguiente alusión: *Muchos filósofos han creído también que las llanuras preparaban las vías al despotismo, del mismo modo que las montañas presentaban asidero a las resistencias de la libertad* (cap. I, p. 34). Partiendo de la distinción entre tierras fértiles, cultivadas y llanas, propensas a admitir la dominación de los más fuertes y las tierras montañosas que son capaces de defenderse mejor, y pueden darse gobiernos moderados, porque se sienten menos amenazados. (*Esprit des lois*, lib. XVIII, cap. II, T. I, p. 294. París, Garnier, 1949). Sarmiento vuelve a referirse a Montesquieu cuando dice, respecto de las campiñas rioplatenses: *Si el poder se levanta en el camino es momentáneamente, es democrático: ni se hereda, ni puede conservarse por falta de montañas y posiciones fuertes* (cap. I, p. 41).

<sup>9</sup> Más adelante, cuando concluye el cuadro físico y comienza a hablar de los hábitos de vida en los campos, se refiere a la *fisonomía exterior de los extensos campos que rodean las ciudades* (cap. I, p. 39), en uno y otro caso reminiscencia lejana de la fisiognómica del siglo XVIII, que buscaba el conocimiento esencial de la naturaleza humana por las apariencias físicas.

inmensa (cap. I, p. 30), la llanura sin accidentes (cap. I, p. 31), y la aglomeración de ríos navegables (cap. I, pp. 30, 31 y 32), es decir, resumiendo, *la llanura continua, los ríos confluentes a un puerto único...* (cap. VII, p. 137).

### *La extensión*

*El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión... Allí la inmensidad por todas partes: inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos...* (cap. I, p. 30).

Lo que se enuncia no es una paradoja: la gran extensión de territorio, que nos parece ahora supuesto de grandeza segura, fue para los pensadores del siglo XVIII y XIX obstáculo grave y notorio para la mejor constitución de un país, porque conspiraba contra el principio fundamental, el intercambio fácil entre los hombres; porque la comunicación armónica del comercio, y hasta las guerras de conquista eran modos de intercambio de bienes materiales e inmateriales. Eran evidentes los peligros de la gran extensión, ya se juzgaran desde el punto de vista práctico del gobierno más eficiente; o ya se atendiera a lo normal, a la mayor seguridad y paz de los gobernados. Un valle abrigado y fértil dedicado a la agricultura, o una amplia exposición al mar se consideraban los asientos preferidos.

Sarmiento procede al análisis de los *rasgos notables* de la naturaleza para inferir pronósticos sobre el futuro, y se apoya para ello en las correspondencias que la ciencia política del siglo XVIII había establecido entre la fisonomía geográfica y las instituciones.

El prejuicio contra la extensión tenía un fundamento moral: los filósofos condenaban los imperios vastos, inevitablemente aliados a las formas de gobierno despótico: Montesquieu razonó detenidamente esa prevención contra las naciones conquistadoras, que se arruinan en grandes empresas de expansión, y sobre todo, influyó en su juicio el recuerdo de las costumbres de los tártaros<sup>10</sup>; y Rousseau condensó esa opinión en términos apodícticos, que serían objeto de largo comentario: *Un grand empire suppose une autorité despotique dans celui qui gouverne. Il faut que la prontitude des resolutions supplée a la distance des lieux où sont envoyées...* Para concluir: *La propriété naturelle des petits états est d'être gouvernés en république; celle des médiocres, d'être soumis a un monarque, celle des grands empires, d'être dominés par un despote.*

La extensión desmesurada era para Rousseau como una deformidad

<sup>10</sup> *Esprit des lois*, lib. VIII cap. XIX y XX; lib. XVII, cap. III, V y VI, y lib. XVIII, París, 1949, Garnier, t. I, pp. 133-134; 287-289-290-291-292 y 298-299.

orgánica: así como la naturaleza impone cierto tamaño a los hombres, más allá o más acá del que sólo pueden ser gigantes o enanos:

...il y à de même, en regard a la meilleur constitution d'un État, des bornes à l'entendue qu'il peut avoir, à fin qu'il ne soit ni trop grande pour pouvoir être gouverné, ni trop petit pour pouvoir se maintenir lui-même<sup>11</sup>.

### La llanura

Dentro de los supuestos de lo que el siglo XVIII llamaba *economía política*, la pampa, la llanura sin límites (cap. II, p. 56), el característico fenómeno geográfico de nuestro paisaje, tampoco se prestaba a un diagnóstico decididamente favorable, ni podía juzgarse el asiento más apropiado para el mejor gobierno, porque recordaba las estepas asiáticas de los pueblos pastores trashumantes, los tártaros, feroces enemigos de las ciudades, y los imperios despóticos y estacionarios de Oriente.

En la imaginación y en el recuerdo de Sarmiento está presente esa valoración despectiva, que se advierte en cuanto se refiere a lo que llama el *elemento pastoril* de nuestra historia (cap. IX, p. 167; cap. XI, pp. 191, 193); o *elemento bárbaro* (cap. XI, p. 208)<sup>12</sup>. De cualquier modo, y a pesar

<sup>11</sup> *Contrat social*. Lib. III, cap. IX. Vid. además *Gouvernement de Pologne, V. Mélanges*, I, 443: *Grandeur des nations étendue des Etats, première et principale source des malheurs au genre humain, et surtout, des calamités sans nombre qui minent et détruisent les peuples policés... Il n'y a que Dieu qui puisse gouverner le monde, et il faudrait des facultés plus qu'humaines pour gouverner grandes nations*. Vid. OLIVER KRAFT. *La politique de Jean Jacques Rousseau Aspects méconnues*. París, 1958, nota C *Federalisme*: El problema de la gran extensión de los estados sugirió a Montesquien el arbitrio de la república federativa: y a Rousseau el de dividir el país en una federación de pequeños países. Por su parte, Tocqueville confirma las observaciones de Montesquieu analiza las proyecciones morales del problema, y no encuentra ejemplo en la historia de nación alguna extensa donde haya perdurado la república, para concluir: *...rien n'est si contraire au bien être et à la liberté des hommes que les grandes empires. De la démocratie en Amérique*, 14<sup>ème</sup> ed. París, 1864, especialmente cap. VIII, pp. 266-67, 271 y 272-275. Hegel comenta la opinión de los que, apoyándose en el ejemplo norteamericano, consideran que es posible que un país extenso sea un estado libre, pero la juzga equivocada; además, la forma federativa de gobierno le parece la peor, en cuanto se refiere a las relaciones exteriores. *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Madrid, Revista de Occidente. Introducción general. T. I, pp. 183-184. El prejuicio contra los países extensos era general. Entre nosotros, Juan Bautista Alberdi lo expresa antes de la aparición de *Facundo*: *En América el vasto territorio es causa de desorden y atraso: él hace imposible la centralización del gobierno, y no hay estado ni nación donde no haya más de un solo gobierno. El terreno es nuestra peste en América, como lo es en Europa su ausencia. Chile, el más pequeño de los estados de América es más rico, más fuerte y más bien gobernado que todos...* También se refiere al problema de la navegación de los ríos. *Memoria sobre la conveniencia y objetos de un Congreso Americano*, 1844. *Obras completas*. Buenos Aires, Imp., Lit. y Enc. de la Tribuna Nacional, 1886, t. II, pp. 393-412.

<sup>12</sup> El uso insistente y particular de la expresión *elemento político* para designar fuerzas decisivas de la historia política y social proviene notoriamente de la *Histoire de la civilisation*

de esas invencibles asociaciones *con los pueblos asiáticos que habitan las llanuras* (cap. IV, p. 109)<sup>13</sup>, la pampa (la tierra llana y unida, cap. I, p. 33), se estima proféticamente como símbolo y prenda jubilosa de la futura conciliación armoniosa, vencedora del desierto enemigo y de la selva: a la evocación negativa de la pampa actual, surcada por caravanas de carretas, que parte de la muy significativa cita de Volney<sup>14</sup>, se sobrepone la visión esperanzada de la llanura feraz, que resultaría del uso de los grandes ríos, y gracias a los canales numerosos que la transformarán mágicamente, en cuanto se levanten las trabas para la circulación.

*Al centro, en una zona paralela se disputan largo tiempo el terreno la Pampa i la Selva: domina en partes el bosque, se degrada en matorrales espinosos, presentase de nuevo la selva a merced de algún río que la favorece, hasta que al Sur triunfa la Pampa i ostenta su lisa i velluda frente, infinita, sin límite conocido, sin accidente notable: es la imagen del mar en la tierra: la tierra como en el mapa: la tierra aguardando todavía se le mande a producir las plantas i toda clase de simiente.* (cap. I, p. 31.)

### *Los ríos, como las arterias*

El obsesionante ejemplo de choque entre el paisaje de la patria tal como tendría que ser, de acuerdo con el «orden natural», y la imagen del lamentable presente, surge a la inmediata mención de los ríos confluyentes a un puerto único, cuya navegación está cerrada por decisión del gobierno, que provoca una especie de parálisis del cuerpo vivo del país entero. Esos ríos, que han perdido su virtud esencial de relacionar, son para Sarmiento

*en Europa*, de Guizot, que distingue como elementos predominantes para su explicación de la historia política el municipio, la Iglesia, las comunas y la monarquía.

<sup>13</sup> Los tártaros, feroces enemigos de las ciudades de su tierra y sus hábitos preocuparon especialmente a Montesquieu (*Esprit des lois*, lib. XVII, cap. 3-6 y lib. XVIII, XIX y XXI).

<sup>14</sup> Véanse por ejemplo, los dos paréntesis muy expresivos que se dedican a la despaciosa tropa de carretas, con su fuerte capacidad de evocación: así, estacionaria y atrasada como en el Asia es la vida en la pampas; pero Sarmiento se detiene para imaginar con secreta admiración las vicisitudes de esa vida de riesgo y heroísmo habitual (cap. I, 30-35). La rápida alusión al famoso libro de Volney, *Les ruines ou Meditations sur les revolutions des Empires* (1971) indica el rumbo de la composición de *Facundo*: Volney, que viajó a Siria y Egipto entre 1782 y 1785, aprovecha su llegada a las ruinas de Palmira, en otro tiempo lugar de enlace en la próspera red de caravanas y entonces país de barbaire y de miseria, sometido al despotismo de los turcos, para reflexionar sobre la suerte futura de la libertad. Se le presenta entonces un fantasma blanquecino, el espíritu de la libertad, *...non tel que se le peint un vulgaire insensé, armé des torches et des poignards*. [Conf. *Estábase incubando hacia tiempo la guerra civil i Rivadavia la había visto venir pálida, frenética, armada de teas y puñales...* cap. IX, p. 166] *mais sous l'aspect auguste de la justice, tenant en ses mains les balances sacrées où se pèsent les actions des mortels aux portes de l'éternité*, y le alecciona con la virtud conciliadora de las ruinas, que dan al alma equilibrio entre la voluntad enérgica y la «sensibilidad». Todo parecería indicar que provocó la referencia a la imagen de las ciudades asoladas por los caudillos,

vasos naturales obstruidos: *las arterias en que hoy se estagnan los fluidos vivificantes de una nación* (cap. I, p. 32); la imagen significativa de la circulación de la sangre, muy frecuente entre los fisiócratas, asimilaba esa función orgánica esencial con la difusión de *la industria, civilización y población europeas* (cap. I, p. 32).

Las causas materiales y psicológicas de esa suspensión de la vida son, ya lo sabemos, el predominio malsano de las tendencias que llevan al aislamiento —llanuras extensas— sobre la saludable potencia de la atracción unificadora.

El sistema fluvial que desemboca en un estuario único da al puerto de Buenos Aires, una especie de virtud magnética de atracción como la que el mecanicismo aseguraba a los cuerpos físicos y a los seres, a modo de condición esencial del movimiento. Ese impulso atractivo puede ser o no fuerza unitaria; como la llanura enorme, la red confluyente de los ríos es el instrumento que la Providencia entrega al egoísmo o a la generosidad de los hombres. Sarmiento pudo modificar en los Estados Unidos dos años después la imagen de la tierra mejor dotada, que había entrevisto antes en ayuda de la teoría del siglo XVIII: enorme extensión, **ampliamente** expuesta al mar; superficie variada, no demasiado montañosa; carbón e hierro abundante....

*Si Dios me encargara de formar una gran república à nous por ejemplo, no admitiría tan serio encargo sino a condición de que me diese estas bases por lo menos: espacio sin límites conocidos para que se huelguen un día en él doscientos millones de habitantes: ancha exposición a los mares, costas acribilladas de golfos i bahías; superficie variada sin que oponga obstáculos a los caminos de hierro i canales que habrán de cruzar el estado en todas direcciones; i como no consentiré jamás en suprimir lo de los ferrocarriles, ha de haber tanto carbón de piedra y tanto hierro que el año de gracia cuatro mil setecientos cincuenta i uno se está aún explotando las minas como el primer día. La extrema abundancia de construcción sería el único obstáculo que soportaría para el fácil descuajo de la tierra: encargándome yo personalmente de dar dirección oportuna a los ríos nave-*

especialmente, La Rioja, después del triunfo de Quiroga (cap. I, p. 34; y vap. VI, p. 104). El siguiente fragmento de Volney, comparado con el cap. VI de *Facundo*, parece confirmar la sospecha de que, efectivamente el recuerdo vivido de la ruina de La Rioja, con la invasión de Facundo, es decir el comienzo de las guerras civiles, fuera el núcleo originario de composición y se amplificó con reminiscencias literarias: *Cette Syrie, me disai-je, aujourd'hui presque dépeuplée, comptait alors cent villes puissantes, ses campagnes étaient couverts de villages, de bourgs et de hameaux. De toutes parts on ne voyait que camps cultivés, que chemins fréquentés, qu'habitations pressées... Hélas! Je l'ai parcourue, cette terre ravagée! J'ai visité les lieux qui furent le théâtre de tant de splendeur, et je n'ai vu qu'abandon et que solitude... j'ai cherché les anciens peuples et leurs ouvrages, et je n'en ai vu la trace semblable à cette que le pied du passant laisse la poussière...* Volney, *op. cit.*, p. 9. El alegato de Volney recuerda que no ha podido ser Dios el autor de esa destrucción, puesto que esos pueblos, prósperos en su infidelidad, han conocido la decadencia y la miseria después de la llegada del cristianismo.

*gables que habrían de atravesar el país en todas direcciones, convertirse en lagos donde la perspectiva lo requiera, desembocar en todos los mares, ligar entre sí todos los climas, a fin de que las producciones de los polos viniesen en vía recta a los países tropicales y viceversa. (Obras, t. V, Viajes a Estados Unidos, 12 de noviembre de 1847, París, Belin Hermanos, Editores (reimpresión), 1909, pp. 346-347.)*

En 1845, Sarmiento no se atreve a negar la verdad teórica de esa imagen europea, con las cualidades preferibles; aún no se han cumplido las esperanzas, y el paisaje se presenta como un juego de oposiciones y armonías, en las que el hombre decidirá los medios de realizar el designio divino, que es la unidad, libremente elegida o despóticamente impuesta.

La Providencia, que allanó las ondulaciones de la pampa sin límites (cap. I, p. 33), y delineó el curso de los ríos convergentes, lanzándolos hacia una salida inevitable, a través de una tierra que no imponía curso determinado a las aguas, marcó asimismo en el mapa futuro la ruta de las fundaciones de pueblos innumerables, que Sarmiento vislumbraba en su visión esperanzada de la Unión Argentina (cap. XII, p. 225). El uso natural de los ríos bastaba para asegurar el porvenir próspero: en el plan de la Providencia se equilibraba, pues, el inconveniente de la gran extensión con los cursos abundantes de agua que, según la opinión de los fisiócratas, sirven para anudar las naciones y no para dividir las. Y, sin embargo, ese diseño que había afirmado tan asertivamente la configuración unitaria, no podía impedir al arbitrio de los hombres, seguir los signos favorables, o desecharlos, librando el futuro del país al influjo maligno del desierto. Los instintos oscuros, quizá heredados, la ignorancia y el despotismo se habían conjurado, pues, para burlar los decretos providenciales, impidiendo la libre navegación de los ríos, que son para Sarmiento, *el favor más grande que la Providencia depara a un pueblo* (cap. I, p. 31).

Afortunadamente, esas trabas que impiden el cumplimiento de las leyes naturales; esos arbitrios artificiosos o violentos para alterar el *orden natural* no pueden ser sino pasajeros<sup>15</sup>.

### *Providencia e historia*

La idea de naturaleza que resulta de las precedentes observaciones no es la de un «sistema de armonías», cuyos elementos están dispuestos para lograr inevitablemente la felicidad de los hombres: a ello se opondría

<sup>15</sup> *L'ordre naturel est la constitution physique que Dieu lui-meme a donné à l'Univers* decía Dupont de Nemours. en su introducción a las obras de Quesnay, cit Gide y Rist, *Traité d'Economie politique*, p. 21.

la realidad actual, con su funesta evidencia. Se opta entonces por suponer que se libra en el orden de la naturaleza un juego de oposiciones y posibilidades, una lucha que consiste en el dominio de la materia por el espíritu, paralela de la que se opera en el orbe de la historia entre el impulso hacia la libertad y las trabas del despotismo. El hombre, el árbitro único que puede eventualmente neutralizar las tendencias desfavorables y desarrollar las beneficiosas, asistido por la experiencia y la razón, no es, con todo, la última instancia, que está reservada a la Providencia, vigilante del triunfo último del bien.

Si salimos del mundo de la naturaleza para internarnos en el de la historia con la vida de Quiroga, hallamos nuevamente pruebas de que para Sarmiento la Providencia, además de preparar materialmente el camino hacia la unidad, vigila el cumplimiento de sus designios, y no ha abandonado a su suerte el destino histórico de estos países.

Para confortar a la emigración antirrosista, desalentada después de reiterados desastres, y escéptica con respecto al desenlace ante el panorama de la política europea, Sarmiento asegura que, a pesar de todo, no puede admitirse que la Providencia asista indiferente a las luchas de los pueblos esclavos por su libertad: *¿No hai nada de providencial en estas luchas de los pueblos?* (Introd. p. 15) interroga indignado a sus interlocutores indiferentes. Y expresa, con la mayor firmeza, su confianza en la existencia de una ley moral superior a los contrastes pasajeros, porque, a falta de más segura certidumbre, nadie podrá negar, nos dice, que *nunca el mal ha triunfado definitivamente*. (Introd. p. 17.) Fuerza y origen altísimo tienen, por último, para Sarmiento, además de los objetivos morales, las leyes históricas, que son, de cualquier modo, manifestación providencial, y como causas segundas en la historia. Entre ellas, sólo se afirma muy enérgicamente la existencia de la del progreso, que califica de ley de la humanidad. **Según** ella, *los intereses nuevos, las ideas fecundas, el progreso triunfa, al fin, de las tradiciones envejecidas, de los hábitos ignorantes i de las preocupaciones estacionarias* (Introd..., p. 17). O sea que, en la historia, la Providencia se manifiesta por el cumplimiento de las leyes históricas, que aseguran la repetición aproximada, no idéntica, de los hechos, y se gobiernan por objetivos morales. La actividad de la Providencia no excluye la existencia de la ley del progreso: ambos son los criterios fundamentales que articularán la visión que Sarmiento ofrece de la historia argentina en los últimos quince años.

La ingerencia providencial, expresamente anotada por Sarmiento en el orden natural, se puede entrever asimismo en el plano de la historia nacional, en las reflexiones sobre la lucha política que concluyó con el

fracaso de «la causa de la civilización»; en el dibujo individual de las grandes figuras, Quiroga, Rivadavia, Paz y Rosas; y en la interpretación que Sarmiento nos ofrece de sus hechos y móviles.

Cuando el egoísmo exclusivista de los políticos de ambos bandos de la ciudad de Buenos Aires —unitarios como Rivadavia o federales como Manuel **Dorrego**— malogró la empresa de la organización nacional, habría sido la Providencia, según Sarmiento, la que dispuso el castigo ejemplar de la soberbia de la capital, y la que, al mismo tiempo, intentó realizar de todos modos la obra de la unificación malograda.

Y, puesto que se habría hecho imposible la *unidad en la civilización i en la libertad*, la comunión y coincidencia libre para la satisfacción de los *intereses generales*, se realizó *la unidad en la barbarie i en la esclavitud* (cap. I, p. 33), fundada en el despotismo y en el terror. Permitió por ello que los caudillos y las montoneras asolaran y destruyeran cuatro capitales de provincias (cap. IV, p. 78), con lo cual la barbarie desencadenada y ciega, movida desde lo Alto, queda justificada por Sarmiento, que al mismo tiempo no economiza burlas sobre la presunción de los civilizadores (cap. VII, pp. 129-135), y condena la renuncia de Rivadavia, el más ilustre de ellos, como un abandono culpable (cap. VIII, p. 159)

*Rivadavia tenía por objeto presentarnos el constitucionalismo de Benjamin Constant con todas sus palabras huecas, sus decepciones [engaños] i ridiculeces. Rivadavia ignoraba que cuando se trata de la civilización y la libertad de un pueblo, un gobierno tiene ante Dios i ante las generaciones venideras arduos deberes que desempeñar, i que no hai caridad ni compasión en abandonar a una nación por treinta años a las devastaciones i a la cuchilla del primero que se presente a despedazar i degollarla* (cap. VIII, p. 159).

Solamente los que ignoran que la *Providencia realiza las grandes cosas por medios insignificantes e inapercibibles...* (cap. VIII, p. 139) pueden sorprenderse de que Quiroga, a quien se ha presentado como el *gaucho malo de los Llanos*, fuera el agente indicado para la unificación del país, el rival y el sucesor de Rivadavia y del General Paz (cap. VII, p. 137). Desde la doble perspectiva del providencialismo y del naturalismo determinista, se excluye la casualidad en la historia. Sólo a quienes admiten el azar como razón bastante, es decir, a los que aún profesan las convicciones materialistas del siglo XVIII, puede parecerles que fue caso fortuito el de la prisión del general Paz, porque no advierten que una fuerza certera y remota guiaba el brazo del gaucho que boleó su caballo (cap. XI, pp. 207-208).

Así puede entenderse la parábola de la vida de Quiroga, y cómo pudo recorrer vertiginosamente en poco más de diez años una carrera iniciada

como peón errante en las provincias de Cuyo, *gaucho malo* y desertor; para pasar en seguida a *comandante de campaña* de la Rioja; y completarla, saliendo ya de su provincia, como *caudillo popular*, árbitro del destino de ocho provincias interiores y rival afortunado del ilustrado presidente Rivadavia y del general José María Paz. Cuando la renuncia del primero y la prisión del segundo malograron el proyecto de organización constitucional que los políticos unitarios habían buscado imponer en las deliberaciones de los congresos, sería Facundo el indicado para reiniciar la unificación, tal como él podía realizarla.

La prueba más elocuente del carácter de instrumento de castigo sobrenatural que Sarmiento atribuye a Facundo se encuentra en las páginas que en *Facundo* se dedican a la visión de la ciudad de la Rioja, floreciente e ilustre en otro tiempo, y actualmente desierta y arrasada, con sus campañas yermas, en las que antes pacían ganados numerosos (cap. VI, pp. 72-104 y 119-120).

Adviértase que esa imagen se refiere a un momento muy grave de la historia argentina: cuando aparecen, repentinamente los brotes más precoces del estallido inmediato de la guerra civil, y con ella, se precipita el proceso de la decadencia y ruina de la civilización de las ciudades; ese acontecimiento desastroso se corresponde en la biografía de Quiroga con su ascenso de *gaucho malo* a sargento de milicias, o sea *comandante de campaña* de los Llanos, y único árbitro de su provincia primero; y luego, a caudillo, vencedor del general Gregorio Aráoz de Lamadrid, fuera ya de su tierra.

En la primera parte de *Facundo* (cap. IV, pp. 79-81) se nos había adelantado ya una encuesta elocuente sobre el daño material y moral sufrido por la ciudad de La Rioja, a raíz de la emigración de los vecinos sobresalientes, y la decadencia y miseria total consiguiente a la entrada de Facundo. Después se evoca como una pesadilla el cuadro de la ciudad que vivió en otro tiempo el portento, el rápido avance de la vivificación europea, ahora *solitaria, sin arrabales i marchita, como Jerusalén al pie del Monte de los Olivos* (cap. VI, p. 103). Con la mención de las luchas culpables entre familias locales y poderosas, como las de los Ursinos, Colonnas y Médicis en las ciudades de Italia, se sugiere asimismo la causa inmediata de la ruina, los celos y las mezquindades de los patricios locales (p. 105), y se subraya la intención al anotarse la forma y el color rojizo de las sierras próximas, semejantes a *torreones y castillos almenados en ruinas* (pp. 103-104). La idea central del castigo a la soberbia se refuerza con la reminiscencia repetida de Betsaida y Corozain, las ciudades galíleas, ingratas ante los milagros del Señor (*Mat. XI, 20 y Luc. X, 13*), que Sarmiento

cita de memoria, cuando refiere que Facundo, después del primer triunfo por cuenta propia, seguro ya de sus fuerzas, se vuelve para mirar a la ciudad de donde se marcha y pronuncia a modo de amenaza: *¡Ay de tí, ciudad! En verdad os digo, que dentro de poco no quedará piedra sobre piedra!* (cap. VI, p. 107); y después de relatar cómo cumplió el caudillo su promesa, Sarmiento vuelve a mencionar el trozo del Evangelio, sumando a la referencia de las ciudades indiferentes, el de otras ciudades pecadoras, aniquiladas por Dios *¡Ay de tí, Betsaida y Corozain! En verdad os digo que Sodoma y Gomorra fueron tratadas mejor que vosotras* (cap. VI, p. 120).

Por eso nos dice Sarmiento que cuando Quiroga arrasó para siempre la ciudad de La Rioja, lo hizo inmotivadamente, y alega para ello que *la destrucción de todo le estaba encomendada de lo Alto* y no podía abandonar su misión (cap. VIII, p. 152).

En la imaginación de Sarmiento surgirá el recuerdo congruente de Atila frente a Roma, o el de Tamerlán, implacable azote de las ciudades indefensas (cap. VI, pp. 111-112), para caracterizar el supremo origen del encargo vindicativo que lleva a Facundo a La Rioja. Desde allí Sarmiento va encaminando a su héroe hacia el cumplimiento de un designio que obedeció sin comprender que, según parece, se le había clarificado de pronto en sus últimos años, en vísperas de la muerte.

Lo esencial es que Sarmiento considera a Facundo germen y factor eminente y único de la *Unidad Bárbara*, lo hace colaborar con su influjo a la *alianza de las fuerzas pastoras para que salga de la lucha la nueva organización de la República* (cap. VIII, p. 158), y coloca el cumplimiento de ese evento fundamental que es el triunfo de los caudillos de las campañas como resultado del fusilamiento del gobernador federal Dorrego, cuando *el aislamiento feudal va a convertirse en confederación guerrera* (cap. XII, página 168). Es decir, cuando haya llegado la hora de castigar *el aislamiento feudal* —de los políticos **impotentes** de la ciudad— con la *confederación guerrera* de los caudillos que encarnan las fuerzas de la naturaleza.

Sobre la figura de caudillos como Facundo y Rosas, o sobre la de su enemigo el general unitario Paz, se hace pesar una doble determinación que señala el rumbo de sus actos. Colaboran por una parte, a la realización de muy vastos planes que sólo en parte podemos alcanzar, participando en episodios mínimos que preparan o retardan la organización de la República: por ello, a Facundo se le concedió papel rector en el movimiento hacia la unidad, y a Rosas le será dado completarlo, para entregar a sus enemigos la obra, que Sarmiento considera ya terminada. Por eso, al concluir el balance de lo que Rosas dejará al caer su gobierno, enumerando

los factores positivos en su obra de destrucción, afirma que *es un grande y poderoso instrumento de la Providencia, que realiza todo lo que al porvenir de la patria interesa* (cap. XIV, p. 293).

Ambos, Facundo y Rosas, como *caudillos populares*, cumplen la definición de los ideólogos, para quienes la historia se limita a la reseña de las opiniones políticas, y disuelven lo individual en abstracciones sociales o políticas; ambos son *el reflejo vivo de la situación del país, sus costumbres, i su organización* (cap. II, p. 63); o *la expresión de la manera de ser de un pueblo, de sus preocupaciones* [i.e. supersticiones, errores debidos a ignorancia] *e instintos* (Introd. p. 20).

Los dos, Facundo y Rosas, partieron de esa condición idéntica, y cada uno de ellos experimentó una evolución propia que lo alejó por caminos distintos de la naturaleza. Gracias a esa mudanza, Facundo, *gaucho malo* de una provincia interior, se eleva hasta la comprensión de los *intereses generales* y se incorpora a la «causa de la civilización», es decir, que alcanza a comprender la necesidad de conciliar generosamente la oposición entre las campiñas y la ciudad. Rosas, por el contrario, al desertar de las filas de la campiña, que lo había exaltado, se encierra egoístamente en los más despóticos y exagerados supuestos del exclusivismo y del aislamiento de Buenos Aires que antes había combatido. Además, al introducir en su sistema despótico de gobierno usos y hábitos de la vida primitiva, se presenta como una especie de fraude o adulteración de las leyes de la naturaleza, de engaño político que es lícito combatir por las armas.

Quiroga, genio bárbaro (cap. VI, p. 112) puede considerarse *la expresión más franca y candorosa de una de las fuerzas que han luchado con diversos nombres durante treinta años* [la barbarie de los campos, que ha luchado con las ciudades] (cap. XV, p. 251). Sarmiento ilustra con él su teoría histórico-política asegurando que es *el tipo más ingenuo de la guerra civil de la República Argentina* (Introd. p. 19). Se le reconoce, además, a Facundo, la rica plasticidad del *hombre de la naturaleza* (cap. V, p. 100), y, junto con ella, las cualidades que caracterizan al genio, *las dotes de espíritu que permiten a un hombre corresponder a su nueva posición por encumbrado que sea* (cap. XII, p. 238). Esa capacidad de adaptación al medio, que le convirtió en su hora en figura terrible en las guerras civiles, será también aptitud, mejora y progreso en cuanto *aparezcan* los buenos estímulos. Cuando acaba de obtener la victoria definitiva en Ciudadela, con la que se consumaba la unidad interior del país bajo la federación, comienza a hablar un nuevo lenguaje, burlándose de las ideas por las que había luchando, y manifestando sin *ambages* su adhesión a las ideas políticas de los unitarios, sus enemigos de la víspera (cap. XII, p. 228). Instalado

en Buenos Aires, en vísperas de su muerte, había cambiado sus modales rudos, y afectaba nuevo refinamiento en sus costumbres, cultivaba amistades distinguidas y no oculta sus divergencias con el régimen dominante: ... *declárase unitario con los unitarios: la palabra constitución no abandona sus labios* (cap. XIII, pp. 238-241). Sacrificado por una conspiración local cuyas raíces más profundas no se aclaran, Facundo, como da a entender Sarmiento, es el símbolo de *la naturaleza redimida por la sociedad y reconciliada con ella*, el mártir de la causa generosa de la unidad futura. La exaltación de Facundo —que escandalizaba a Alberdi— tiene un profundo significado conciliador, y se ofrece como una consigna en la hora próxima de la unión.

Rosas, que inauguró su gobierno como la encarnación de un auténtico fenómeno social, *como el representante de un principio* (Obras, t. VI, p. 92), con enorme apoyo en su provincia (... *nunca hubo gobierno ni más popular ni más deseado, ni más bien sostenido por la opinión...* cap. XIV, p. 253), recorrió una trayectoria inversa a la de Quiroga. *El gaucho malo* se elevó hasta interpretar políticamente los «intereses generales» y había recorrido al morir su camino de Damasco. Rosas, por el contrario, había destruido las bases orgánicas, vivas, en que se apoyaba, aniquilando la autoridad de los caudillos; y así concluye por encarnar el más cruel y limitado despotismo de la ciudad de Buenos Aires (cap. XIV), con lo que se hace acreedor al mismo castigo que recibieron sus enemigos, los unitarios. Por eso, la misma potencia misteriosa que había movido a Rosas a realizar el programa de sus enemigos, a juicio de Sarmiento, se ha encargado de preservar milagrosamente al general José María Paz, *representante legítimo del genio de las ciudades* (cap. IX, p. 171), y después de hacerle rodar por diez años en las cárceles del gobierno de Buenos Aires, le ha puesto a la cabeza del ejército que logrará la reconstrucción de la República (cap. X, p. 173); y la misma Providencia ha asistido en medio de las penurias, al partido de los emigrados, muchas veces derrotado pero invencible (cap. XV, p. 307).

#### JULIO CAILLET-BOIS

<sup>16</sup> *Facundo hace de la guerra local la guerra nacional, argentina, y presenta triunfante al fin de diez años de trabajos, de devastaciones i de combates el resultado de que sólo supo aprovecharse el que lo asesinó* (Introd. p. 19). Recuérdese que esta frase desapareció lo mismo que la *Introducción*, suprimidas en la 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> edición, y que, al final del cap. XIII se introdujo entonces un párrafo que diluye la acusación terminante. Después del relato de Barranco Yaco, concluye: *La historia imparcial espera todavía datos y revelaciones para señalar con su dedo al instigador de los asesinos* (cap. XIII, p. 250).

<sup>17</sup> Desde las primeras líneas de la *Introducción* se apunta la oposición fundamental entre la conducta ingenua y espontánea. Facundo, *hombre de la naturaleza*, feroz y sanguinario en la guerra civil y finalmente civilizado por la vida de la sociedad en Buenos Aires; y Rosas, que destruye al partido federal que le apoyaba, y concluye por fundar su poder en el terror, sin base alguna en la opinión: *Facundo, provinciano, bárbaro, valiente, audaz, fue reemplazado por Rosas, falso, corazón helado, espíritu calculador que hace el mal sin pasión i organiza lentamente el despotismo con toda la inteligencia de un Maquiavelo.* (Introducción, p. 10).